

SI ES POSIBLE  
EL POEMA  
ES POSIBLE  
LA VIDA

# LAS 2001 NOCHES

REVISTA DE POESÍA, AFORISMOS, FRESCORES

N.º 75 OCTUBRE 2004 125.001 Ejemplares de DIFUSIÓN GRATUITA

## DOS POEMAS DE FRANCISCO URONDO

Por Juan-Jacobo Bajarlía

Francisco Reynaldo Urondo nació en Santa Fe, Argentina en 1930. Poeta, autor de varios poemarios, fue muerto en una emboscada junto con su mujer, Alicia Raboy, el 17 de junio de 1976. El asesinato se consumó en Guaymallén (provincia de Mendoza) adonde Urondo se dirigía para proseguir su batalla contra la dictadura.

En 1968 fue director de cultura en Santa Fe, y ejerció el periodismo mientras se dedicaba a su obra. Es autor de una novela, muchos ensayos y cuentos, y gran cantidad de páginas, arrasadas, en definitiva, por esa Guerra Sucia que afligió a la Argentina.

Ningún escritor se salvaba de sus críticas y diatribas, sobre todo los que militaban en la escritura tradicional, que Urondo llamaba "caballos sin mentalidad".

Cuando lo asesinaron en Guaymallén tenía 46 años y una vida luminosa que no pudo llevar a cabo.

*F* FRANCISCO URONDO  
Argentina, 1930

### CANDILEJAS

A Jorge Souza

el frac está impecable  
como en la mejor noche de su antepasado  
en su mano brilla la galera alta  
junto a los guantes blancos  
eres un hombre elegante  
en el foyer lustroso de un teatro

...

pero adentro no hay rigoletto  
adentro hay sombras  
fantasmas dicen  
algún hombre que fracasó con un chasquido  
-una guitarra a la que se le han roto las cuerdas-  
o el amigo que no ve hace muchos años  
y no quiere reencontrar  
pues teme por su pulso  
y por su timbre de voz

...

ahora comienza el número femenino  
el cuadro central al parecer  
de este espectáculo  
pero no hay bataclanas desnudas  
sino cierto cansancio en los ojos

alguna medrosidad en los trajes azules  
decadencia en el compás

en este cuadro confunde todo  
el engaño y las traiciones  
cierta pasión muy grande o algún olvido  
no recuerda el nombre de su primer amor  
y mezcla sus cabellos rubios  
con los teñidos de una muchacha delgada  
de buen corazón

de ésta sí recuerda el nombre  
muchos la llamaban y ella acudía dispuesta  
con los años que han pasado  
también ahora llega a su pequeño escenario  
y le parece estar en aquella pensión ruinosas  
y que es la primera vez  
y que son las mismas caricias

...

en este momento nada se representa  
un hombre llora simplemente  
no tienes dinero para pagar el dolor de una mujer  
pero cobran diariamente tu pasión oscura  
tu sueño acompasado  
adiós adiós hijo mío  
todo está concluido de antemano  
para muchos que creen vivir  
tú no llegarás a ser en cambio  
-algo similar pero más digno-

qué será de nosotros sin nosotros  
de tu mano solitaria en la jungla  
sin tus olas de aventura  
sin mí sin alguien al menos

el instigador vuelve arrepentido a tu golpe de sangre  
sobran las razones para ti  
pero es demasiado temprano todavía  
demasiado frío el aire  
el hombre solo no tiene consuelo  
se ha interrumpido el espectáculo  
adiós adiós nos veremos luego

...

han desaparecido las mujeres  
sus medias eran de muselina  
su calor no era el que pensaba  
no imaginó así sus manos  
su gesto de ayuda  
está cansado de admirar sus carnes que decaen  
siente el pecho oprimido  
y la boca amarga  
y ayer no corrió el vino  
su conciencia no está muy tranquila  
hay que abrir las ventanas  
y recibir las risas frescas

antes de que se haga la noche

...

es entonces el mar en escena  
a toda orquesta  
un director trata de mezclar  
su melena blanca  
con la espuma del oleaje  
no  
no quiero ser otra vez engañado  
ya no soy un niño  
he vivido con cierta rapidez  
he sabido enamorarme  
tengo una mano que cae donde no debe  
alguna forma de comprensión

...

el mar se ha alejado sonriente  
está lejos de los naufragios  
lejos del hombre que está por ahogarse  
y nada a brazo partido hacia la orilla borrosa

el propósito es el mismo  
él nada por salvarse  
y yo me hundo en el papel vacío  
liso como las aguas

¿alguna vez alcanzaré ese rumor  
serán las aguas una esperanza  
me salvarán sus riendas  
navegaré este mar de fondo?

tu hija tiene la pureza que has olvidado  
y que ella no puede revelar

...

las aguas te han dejado un regalo  
es un caracol que zumba como una tormenta

ESCUELA DE PSICOANÁLISIS  
GRUPO CERO

TEMPORADA 2004-2005

SEMINARIOS GRATUITOS

- FREUD  
- LACAN  
- CLAVES DEL PENSAMIENTO

Más información pág. 8

125.001 ejemplares: NADIE, NUNCA, ME ALCANZARÁ, SOY LA POESÍA

...  
 en eso apareces en escena  
 te mueves torpemente  
 eres una marioneta  
 como aquellas que tú mismo manejabas  
 fernando viene a tu memoria  
 él es otro semejante  
 muchos espejos te reflejan  
 vas a aflojar  
 pero rompes las luces de una trompada  
 todo el mundo grita  
 como si estuviera en un terremoto  
 no es para tanto  
 digo  
 y una gran ola envuelve las voces  
 con su brazo nocturno

...  
 ya nadie silba a la salida del teatro  
 ya no hay teatro bueno  
 no existe maese pedro y su música  
 está solo con su propia imagen  
 el hallazgo de esta nueva semejanza  
 lo enorgullece  
 va a felicitar  
 pero advierte que no se trata  
 de una revelación divina  
 y que tal vez haya poco tiempo  
 puede ser el séptimo día de la creación  
 los dioses bostezan  
 y antes de calzarse los guantes blancos  
 y la galera alta de felpa  
 habrá que empezar de nuevo  
 y terminar enseñada  
 en un solo instante

Ituzaingó-febrero 1956



## ARIJÓN

a Juan L. Ortiz  
 a Hugo Gola

ha raspado mi hombro  
 desvío arijón ha sido  
 un espinillo que se aparta al pasar  
 dolorosos recuerdos  
 o peligrosas intenciones

era cuando crecía  
 como cualquier hombre  
 es simplemente el camino que se recorre  
 y desanda sin temor  
 fueron miradas  
 que vieron cada vez más y llegaron  
 -costeando el paraná por supuesto-  
 hasta estallar al norte  
 por san javier

y tuvieron que pensar  
 esos pobres ojos partidos  
 saber que nada era tan fácil como ir  
 ni tan penoso como desenterrar  
 buscar la validez  
 en nuestra intimidad más difícil

...

heridos por la luz  
 por el fragor de tanta infancia  
 nuestros ojos  
 asumiendo cada atardecer  
 cada serenidad del aire  
 la ausencia de un solo movimiento  
 de algún soplo  
 asumiendo el temor desencadenado  
 melancólico ante su configuración  
 cambiante  
 mortal como la vida  
 el temor oculto detrás de la quietud aparente  
 del falso éxtasis

sólo el zumbido de los mosquitos  
 planeando sobre nuestra inquietud.  
 irritando nuestras reacciones  
 cada noche  
 cuando la oscuridad  
 dueña hasta el amanecer  
 huía con las luces  
 aparentemente arrepentida  
 de perseguir no sin ternura  
 nuestros pasos

desde entonces vuelve  
 aquel significado premonitorio del crepúsculo  
 vuelve hasta que el ciclo sea  
 la única realidad que no se puede transformar  
 que atemoriza con la inconciencia

que seduce con la libertad  
 una absoluta sombra  
 un eterno pliego

...

fue allí siempre  
 junto al río coronda  
 donde las aguas fuertes  
 agredían la tierra  
 o descubrían los cangrejos absortos  
 o convertían la orilla en barro divino

la canoa era la aventura  
 el seibo no era aún símbolo nacional  
 sino una flor  
 -una mujer encendida-  
 y la arcilla blanda la resistencia  
 probando siempre  
 nuestro alcance de niños

y fueron los primeros aromas  
 los ademanes primeros del amor  
 como una olita  
 abatidos como un junco  
 penetrando  
 -como el calor del barro en el pie sumergido-  
 comunicando la primera ternura creadora

-descalza cimbreada tibia  
 la que acompañó  
 las andanzas  
 jugosa como el seibo  
 junto al coronda  
 roja como el sol y su sangre-

no se sabe si allí fue  
 junto a los pajonales  
 donde fueron revelados  
 o donde se ocultaron algunos secretos  
 no recuerdo si entonces fue  
 por el llamado seco de la cascabel  
 o por las magnolias  
 o por el sol

...

caminando se llega  
 a las islas altas y cambiantes  
 del coronda  
 se ignora qué riesgos significan  
 si es allí el temblor dulce y percedero  
 o la traición  
 si es el sábado lúcido  
 o la ausencia del isleño  
 uno no sabe si es el laberinto verde y rosa  
 donde la avidez se transforma  
 y se multiplica en el crepúsculo  
 o es que todo no existe  
 o es que al menos aparece  
 por nuestra imaginación

en las islas altas y cambiantes  
 era posible olvidar mirando  
 eludir mirando  
 tratando de sorprender la gracia y la maldad  
 era fácil quedarse y esperar  
 pero en las islas altas uno fue

**EDITORIAL GRUPO CERO**  
 PRESENTACIÓN DE LOS LIBROS DE POESÍA:

**"A PLENA LUZ"**  
 María Chévez

**"EL OJO DE CRISTAL"**  
 Carmen Salamanca Gallego

**11 de noviembre de 2004**  
 a las 19 h

PRIMER PREMIO DE POESÍA (EX AEQUO)  
 PABLO MENASSA DE LUCIA (5ª CONVOCATORIA)

**GRUPO CERO**

c/Duque de Osuna, 4 - locales  
 Tel.: 91 758 19 40

[www.editorialgrupocero.com](http://www.editorialgrupocero.com)

**BUENOS AIRES**

**CONCIERTO DE**  
**INDIOS**  
**GRISES**

en  
**IMAGINARIO CULTURAL**

Bulnes y Guardia Vieja

**21 DE OCTUBRE DE 2004**  
**A LAS 21,30 H**

**Información: 4966 1710/13**  
**[www.indiosgrises.com](http://www.indiosgrises.com)**

estuvo merodeando y voló  
con la adolescencia  
y es ahora penoso no volver a jugarse el destino  
a torcer el itinerario de las aguas calientes

...

hubo que ganar la victoria regia  
para mecerla con el amor  
en la laguna de los espejos  
de aguas prohibidas a los amantes

costaba hasta lo más simple  
cobran lo más inocente  
pero ya se presentía entonces  
que la placidez de las aguas  
o la munición de los dueños  
no derrotan la voluntad de vivir

en la setúbal  
laguna grande como el claustro materno  
habían aprendido el amor  
dejaron de ser niños  
crecieron en las fatigas húmedas  
circundaron el bochorno



resbalaron por los sauces  
crujieron con el viento del norte  
dejaron de ver en el verano álgido  
para soñar en las largas siestas  
creyeron con fe en la soltura  
y seducidos por los movimientos  
siguieron los hombres a las aguas  
a los bañados libres en las crecientes

...

con su carga estricta de conquistadores  
de peregrinos fluctuando entre la razón y el deseo  
entre el abismo y el monte  
agriados en la dureza de la adolescencia

con las arenas del rincón  
-ala limpia y alta del sombrero  
hombre alto y sereno

pingo lustroso  
compás insobornable-

con el jugo y el color de las frutas  
y el sueño de las ginebras  
y la transparencia del alguacil

los pasos  
incrustados en la arena  
buscando la huella  
el crecimiento  
la madurez  
la visión  
el abandono lento -sin resistencia  
o sin temores-  
en aquella última oscuridad

...

y así después del amor  
llegamos al arroyo leyes  
helados por la muerte  
que allí también giraba en el vértigo  
de los remansos  
y en la rapidez de nuestra imaginación

llegamos temerosos  
del largo y activo descanso de las aguas

la casa de los cuervos  
soportaba la lepra  
y la irreverencia de los literatos  
siniestra  
ajena a la descripción  
complicada en la fiebre  
asomada aún al filo caliente del cuchillo  
al coraje agitado  
poseedora de éste y aquel tiempo  
en que se bebía el golpe de la sangre  
y se escuchaba el lonjazo del amor  
"no ha pasado  
nada ha concluido aún  
sigue el juego"  
dice la vieja casa roída  
ahogada en los bañados  
escondida en los pajonales blandos y juntos

...

algunos pescadores navegan el nervioso leyes  
algún aire conmovido sacude las hojas  
el porvenir está en el próximo recodo  
el pasado mira por el hoyo de los remolinos  
el presente silba como una víbora  
canta en las cuerdas del río  
y huye detrás de la aparente tranquilidad

...

el sueño del verano  
el sudor de las frutillas



la axila tensa  
el vino tibio de las mestizas  
-piel marrón  
ojos azules-  
vecinas de la fiebre de cayastá  
"a beber" decíamos  
el asalto del aire  
a destruir las trampas de la seducción  
a correr abiertamente tras el deseo  
a rodar entre los sembrados  
sobre el blando lecho de polvo  
donde han quedado  
también allí  
las huellas fieles a los que vienen

sí  
refrescaremos nuestros labios secos  
ahora también oh dulces  
lustrosas hijas de india y de polaco  
sedientos ahora también  
por el calor fuerte de entonces  
por la llama erguida de siempre  
por la temperatura de ustedes

...

y se mantiene esa pequeña vibración  
se desconoce si ella es nuestra  
o un latido de las aguas

es un temblor que se teje  
de un lado a otro de la trama  
y que llega hasta san javier incluso  
donde los bañados se mezclan con los algarrobales  
donde el arroz aún elimina  
a "mucho pobre ignorante"  
donde la tragedia vibra  
en el contorno de un carancho  
lugar donde aún permanece el dulce casero  
el aparecido  
la superstición  
la diamela de los patios  
la enredadera fresca y propicia para conversar  
para el amor entre los hombres "de mano en mano"

allí y antes también  
en cacique ariacaiquín  
los últimos indios caen sin quejarse  
y el hachero también allí  
calla y anuda sus huesos  
hilando la trama que va  
de una punta a la otra del paisaje  
de un vínculo a otro de la juventud

ellos también resisten la crueldad  
y esperan  
la hora de la palabra y la soltura

...

todo nacía en los salitrales de sauce viejo  
junto a la esperanza arcillosa del coronda  
en arijón  
que nos araña como una mujer ávida  
como el filo de las cortezas  
como el calor del pecho  
y la ternura rápida de una mano

y hasta tan lejos llegaron los bañados insurrectos  
y los remansos  
hasta tan lejos para perderse  
en las duras maderas del chaco  
de ese lado y hasta tan lejos  
siguen la yará el sueño la tensión del amor

*Ituzaingó, medidos de julio 1956*

GRUPO CERO  
**GETAFE**

DEPARTAMENTO DE CLÍNICA  
Tel. 91 682 18 95

*Previa petición de hora*

GRUPO CERO  
**ALCALÁ DE HENARES**

DEPARTAMENTO DE CLÍNICA  
Tel. 91 883 02 13

*Previa petición de hora*

## FRESCORES

### 90 años de su nacimiento

JULIO CORTÁZAR

Bélgica, 1914

## NO SE CULPE A NADIE

El frío complica siempre las cosas, en verano se está tan cerca del mundo, tan piel contra piel, pero ahora a las seis y media su mujer lo espera en una tienda para elegir un regalo de casamiento, ya es tarde y se da cuenta de que hace fresco, hay que ponerse el pulóver azul, cualquier cosa que vaya bien con el traje gris, el otoño es un ponerse y sacarse pulóveres, irse encerrando, alejando. Sin ganas silba un tango mientras se aparta de la ventana abierta, busca el pulóver en el armario y empieza a ponérselo delante del espejo. No es fácil, a lo mejor por culpa de la camisa que se adhiere a la lana del pulóver, pero le cuesta hacer pasar el brazo, poco a poco va avanzando la mano hasta que al fin asoma un dedo fuera del puño de lana azul, pero a la luz del atardecer el dedo tiene un aire como de arrugado y metido para adentro, con una uña negra terminada en punta. De un tirón se arranca la manga del pulóver y se mira la mano como si no fuese suya, pero ahora que está fuera del pulóver se ve que es su mano de siempre y él la deja caer al extremo del brazo flojo y se le ocurre que lo mejor será meter el otro brazo en la otra manga a ver si así resulta más sencillo. Parecería que no lo es porque apenas la lana del pulóver se ha pegado otra vez a la tela de la camisa, la falta de costumbre de empezar por la otra manga dificulta todavía más la operación, y aunque se ha puesto a silbar de nuevo para distraerse, siente que la mano avanza apenas y que sin alguna maniobra complementaria no conseguirá hacerla llegar nunca a la salida. Mejor todo al mismo tiempo, agachar la cabeza para cazarla a la altura del cuello del pulóver a la vez que mete el brazo libre en la otra manga enderezándola y tirando simultáneamente con los dos brazos y el cuello. En la repentina penumbra azul que lo envuelve parece absurdo seguir silbando, empieza a sentir como un calor en la cara, aunque parte de la cabeza ya debería estar fuera, pero la frente y toda la cara siguen cubiertas y las manos andan apenas por la mitad de las mangas, por más que tira nada sale afuera y ahora se le ocurre pensar que a lo mejor se ha equivocado en esa especie de cólera irónica con que reanudó la tarea, y que ha hecho la tontería de meter la cabeza en una de las mangas y una mano en el cuello del pulóver. Si fuese así, su mano tendría que salir fácilmente, pero aunque tira con todas sus fuerzas no logra hacer avanzar ninguna de las dos manos, aunque en cambio parecería que la cabeza está a punto de abrirse paso porque la lana azul le aprieta ahora con una fuerza casi irritante la nariz y la boca, lo sofoca más de lo que hubiera podido imaginarse, obligándolo a respirar profundamente mientras la lana se va humedeciendo contra la boca, probablemente desteñirá y le manchará la cara de azul. Por suerte en ese mismo momento su mano derecha asoma al aire, el frío de afuera, por lo menos ya hay una afuera aunque la otra siga apresada en la manga, quizá era cierto que su mano derecha estaba metida en el cuello del pulóver, por eso lo que él creía el cuello le está apretando de esa manera la cara, sofocándolo cada vez más, y en cambio la mano ha podido salir fácilmente. De todos modos y para estar seguro lo único que puede hacer es seguir abriéndose paso, respirando a fondo y dejando escapar el aire poco a poco, aunque sea absurdo porque nada le impide respirar perfectamente salvo que el aire que traga está mezclado con pelusas de lana del cuello o de la manga del pulóver, y además hay el gusto del pulóver, ese gusto azul de la lana que le debe estar manchando la cara ahora que la humedad del aliento se mezcla cada vez más con la lana, y aunque no puede verlo porque si abre los ojos las pestañas tropiezan dolorosamente con la lana, está seguro de que el azul le va envolviendo la boca mojada, los agujeros de la nariz, le gana las mejillas, y todo eso lo va llenando de ansiedad y quisiera terminar de ponerse de una vez el pulóver sin contar que debe ser tarde y su mujer estará impacientándose en la puerta de la tienda. Se dice que lo más sensato es concentrar la atención en su mano derecha, porque esa mano por fuera del pulóver está en contacto con el aire frío de la habitación, es como un anuncio de que ya falta poco y además puede ayudarlo, ir subiendo por la espalda hasta aferrar el borde inferior del pulóver con ese movimiento clásico que ayuda a ponerse cualquier pulóver tirando enérgicamente hacia abajo. Lo malo es que aunque la mano palpa la espalda buscando el borde de lana, parecería que el pulóver ha quedado completamente arrollado cerca del cuello y lo único que encuentra la mano es la camisa cada

vez más arrugada y hasta salida en parte del pantalón, y de poco sirve traer la mano y querer tirar de la delantera del pulóver porque sobre el pecho no se siente más que la camisa, el pulóver debe haber pasado apenas por los hombros y estará ahí arrollado y tenso como si él tuviera los hombros demasiado anchos para ese pulóver, lo que en definitiva prueba que realmente se ha equivocado y ha metido una mano en el cuello y la otra en una manga, con lo cual la distancia que va del cuello a una de las mangas es exactamente la mitad de la que va de una manga a otra, y eso explica que él tenga la cabeza un poco ladeada a la izquierda, del lado donde la mano sigue prisionera en la manga, si es la manga, y en cambio su mano derecha que ya está afuera se mueva con toda libertad en el aire aunque no consiga hacer bajar el pulóver que sigue como arrollado en lo alto de su cuerpo. Irónicamente se le ocurre que si hubiera una silla cerca podría descansar y respirar mejor hasta ponerse del todo el pulóver, pero ha perdido la orientación después de haber girado tantas veces con esa especie de gimnasia eufórica que inicia siempre la colocación de una prenda de ropa y que tiene algo de paso de baile disimulado, que nadie puede reprochar porque responde a una finalidad utilitaria y no a culpables tendencias coreográficas. En el fondo la verdadera solución sería sacarse el pulóver puesto que no ha podido ponérselo, y comprobar la entrada correcta de cada mano en las mangas y de la cabeza en el cuello, pero la mano derecha desordenadamente sigue yendo y viniendo como si ya fuera ridículo renunciar a esa altura de las cosas, y en algún momento hasta obedece y sube a la altura de la cabeza y tira hacia arriba sin que él comprenda a tiempo que el pulóver se le ha pegado en la cara con esa gomosidad húmeda del aliento mezclado en el azul de la lana, y cuando la mano tira hacia arriba es un dolor como si le desgarraran las orejas y quisieran arrancarle las pestañas. Entonces más despacio, entonces hay que utilizar la mano metida en la manga izquierda, si es la manga y no el cuello, y para



eso con la mano derecha ayudar a la mano izquierda para que pueda avanzar por la manga o retroceder y zafarse, aunque es casi imposible coordinar los movimientos de las dos manos, como si la mano izquierda fuese una rata metida en una jaula y desde afuera otra rata quisiera ayudarla a escaparse, a menos que en vez de ayudarla la esté mordiendo porque de golpe le duele la mano prisionera y a la vez la otra mano se hinca con todas sus fuerzas en eso que debe ser su mano y que le duele, le duele a tal punto que renuncia a quitarse el pulóver, prefiere intentar un último esfuerzo para sacar la cabeza fuera del cuello y la rata izquierda fuera de la jaula y lo intenta luchando con todo el cuerpo, echándose hacia adelante y hacia atrás, girando en medio de la habitación, si es que está en medio porque ahora alcanza a pensar que la ventana ha quedado abierta y que es peligroso seguir girando a ciegas, prefiere detenerse aunque su mano derecha siga yendo y viniendo sin ocuparse del pulóver, aunque su mano izquierda le duela cada vez más como si tuviera los dedos mordidos o quemados, y sin embargo esa mano le obedece, contrayendo poco a poco los dedos lacerados alcanza a aferrar a través de la manga el borde del pulóver arrollado en el hombro, tira hacia abajo casi sin fuerza, le duele demasiado y haría falta que la mano derecha ayudara en vez de trepar o bajar inútilmente por las piernas, en vez de pellizcarle el muslo como lo está haciendo, arañándolo y pellizcándolo a través de la ropa sin que pueda impedirlo porque toda su voluntad acaba en la mano izquierda, quizá ha caído de rodillas y se siente como colgado de la mano izquierda que tira una vez más del pulóver y de golpe es el frío en las cejas y en la frente, en los ojos, absurdamente no quiere abrir los ojos pero sabe que ha salido fuera, esa materia fría, esa delicia es el aire libre, y no quiere abrir los ojos y espera un segundo, dos segundos, se deja vivir en un tiempo frío y diferente, el tiempo de fuera del pulóver, está de rodillas y es hermoso estar así hasta que poco a poco agradecidamente entreabre los ojos libres de la baba azul de la lana de adentro, entreabre los ojos y ve las cinco uñas negras suspendidas apuntando a sus ojos, vibrando en el aire antes de saltar contra sus ojos, y tiene el tiempo de bajar los párpados y echarse atrás cubriéndose con la mano izquierda que es su mano, que es todo lo que le queda para que lo defienda desde dentro de la manga, para que tire hacia arriba el cuello del pulóver y la baba azul le envuelva otra vez la cara mientras se endereza para huir a otra parte, para llegar por fin a alguna parte sin mano y sin pulóver, donde solamente haya un aire fragoroso que lo envuelva y lo acompañe y lo acaricie y doce pisos.

## CONTINUIDAD DE LOS PARQUES

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías, volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito, de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sordida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro de la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restañaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo está decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer.

Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

## LA NOCHE BOCA ARRIBA

*Y salían en ciertas épocas a cazar enemigos, le llamaban la guerra florida.*

A mitad del largo zaguán del hotel pensó que debía ser tarde, y se apuró a salir a la calle y sacar la motocicleta del rincón donde el portero de al lado le permitía guardarla. En la joyería de la esquina vio que eran las nueve menos diez; llegaría con tiempo sobrado adonde iba. El sol se filtraba entre los altos edificios del centro, y él -porque para sí mismo, para ir pensando, no tenía nombre- montó en la máquina saboreando el paseo. La moto ronroneaba entre sus piernas, y un viento fresco le chicoteaba los pantalones.

Dejó pasar los ministerios (el rosa, el blanco) y la serie de comercios con brillantes vitrinas de la calle Central. Ahora entraba en la parte más agradable del trayecto, el verdadero paseo: una calle larga, bordeada de árboles, con poco tráfico y amplias villas que dejaban venir los jardines hasta las aceras, apenas demarcadas por setos bajos. Quizá algo distraído, pero corriendo sobre la derecha como correspondía, se dejó llevar por la tersura, por la leve crispación de ese día apenas empezado. Tal vez su involuntario relajamiento le impidió prevenir el accidente. Cuando vio que la mujer parada en la esquina se lanzaba a la calzada a pesar de las luces verdes, ya era tarde para las soluciones fáciles. Frenó con el pie y la mano, desviándose a la izquierda; oyó el grito de la mujer, y junto con el choque perdió la visión. Fue como dormirse de golpe.

Volvió bruscamente del desmayo. Cuatro o cinco hombres jóvenes lo estaban sacando de debajo de la moto. Sentía gusto a sal y sangre, le dolía una rodilla, y cuando lo alzaron gritó, porque no podía soportar la presión en el brazo derecho. Voces que no parecían pertenecer a las caras suspendidas sobre él, lo alentaban con bromas y seguridades. Su único alivio fue oír la confirmación de que había estado en su derecho al cruzar la esquina. Preguntó por la mujer, tratando de dominar la náusea que le ganaba la garganta. Mientras lo llevaban boca arriba hasta una farmacia próxima, supo que la causante del accidente no tenía más que rasguños en las piernas. "Usted la agarró apenas, pero el golpe le hizo saltar la máquina de costado...". Opiniones, recuerdos, despacio, éntrenlo de espaldas, así va bien, y alguien con guardapolvo dándole a beber un trago que lo alivió en la penumbra de una pequeña farmacia de barrio.

La ambulancia policial llegó a los cinco minutos, y lo subieron a una camilla blanda donde pudo tenderse a gusto. Con toda lucidez, pero sabiendo que estaba bajo los efectos de un shock terrible, dio sus señas al policía que lo acompañaba. El brazo casi no le dolía; de una cortadura en la ceja goteaba sangre por toda la cara. Una o dos veces se lamió los labios para beberla. Se sentía bien, era un accidente, mala suerte; unas semanas quieto y nada más. El vigilante le dijo que la motocicleta no parecía muy estropeada. "Natural", dijo él. "Como que me la ligué encima...". Los dos se rieron, y el vigilante le dio la mano al llegar al hospital y le deseó buena suerte. Ya la náusea volvía poco a poco; mientras lo llevaban en una camilla de ruedas hasta un pabellón del fondo, pasando bajo árboles llenos de pájaros, cerró los ojos y deseó estar dormido o cloroformado. Pero lo tuvieron largo rato en una pieza con olor a hospital, llenando una ficha, quitándole la ropa y vistiéndolo con una camisa grisácea y dura. Le movían cuidadosamente el brazo, sin que le doliera. Las enfermeras bromeaban todo el tiempo, y si no hubiera sido por las contracciones del estómago se habría sentido muy bien, casi contento.

Lo llevaron a la sala de radio, y veinte minutos después, con la placa todavía húmeda puesta sobre el pecho como una lápida negra, pasó a la sala de operaciones. Alguien de blanco, alto y delgado, se le acercó y se puso a mirar la radiografía. Manos de mujer le acomodaban la cabeza, sintió que lo pasaban de una camilla a otra. El hombre de blanco se le acercó otra vez, sonriendo, con algo que le brillaba en la mano derecha. Le palmeó la mejilla e hizo una seña a alguien parado atrás.

Como sueño era curioso porque estaba lleno de olores y él nunca soñaba olores. Primero un olor a pantano, ya que a la izquierda de la calzada empezaban las marismas, los tembladerales de donde no volvía nadie. Pero el olor cesó, y en cambio vino una fragancia compuesta y oscura como la noche en que se movía huyendo de los aztecas. Y todo era tan natural, tenía que huir de los aztecas que andaban a caza de hombre, y su única probabilidad era la de esconderse en lo más denso de la selva, cuidando de no apartarse de la estrecha calzada que sólo ellos, los motecas, conocían.

Lo que más le torturaba era el olor, como si aun en la absoluta aceptación del sueño algo se rebelara contra eso que no era habitual, que hasta entonces no había participado del juego. "Huele a guerra", pensó, tocando instintivamente el puñal de piedra atravesado en su ceñidor de lana tejida. Un sonido inesperado lo hizo agacharse y quedar inmóvil, temblando. Esperó, tapado por las ramas de un arbusto y la noche sin estrellas. Muy lejos, probablemente del otro lado del gran lago, debían estar ardiendo fuegos de vivac; un resplandor rojizo tenía esa parte del cielo. El sonido no se repitió. Había sido como una rama quebrada. Tal vez un animal que escapaba como él del olor de la guerra. Se enderezó despacio, venteando. No se oía nada, pero el miedo seguía allí como el olor, ese incienso dulzón de la guerra florida. Había que seguir, llegar al corazón de la selva evitando las ciénagas. A tientas, agachándose a cada instante para tocar el suelo más duro de la calzada, dio algunos pasos. Hubiera querido echar a correr, pero los tembladerales palpitaban a su lado. En el sendero en tinieblas, buscó el rumbo. Entonces sintió una bocanada del olor que más temía, y saltó desesperado hacia adelante.

- Se va a caer de la cama -dijo el enfermo de al lado-. No brinque tanto, amigazo.

Abrió los ojos y era de tarde, con el sol ya bajo en los ventanales de la larga sala. Mientras trataba de sonreírle a su vecino, se despegó casi físicamente de la última visión de la pesadilla. El brazo, enyesado, colgaba de un aparato con pesas y poleas. Sintió sed, como si hubiera estado corriendo kilómetros, pero no querían darle mucha agua, apenas para mojarse los labios y hacer un buche. La fiebre lo iba ganando despacio y hubiera podido dormirse otra vez, pero saboreaba el placer de quedarse despierto, entornados los ojos, escuchando el diálogo de los otros enfermos, respondiendo de cuando en cuando a alguna pregunta. Vio llegar un carrito blanco que pusieron al lado de su cama, una enfermera rubia le frotó con alcohol la cara anterior del muslo y le clavó una gruesa aguja conectada con un tubo que subía hasta un frasco lleno de líquido opalino. Un médico joven vino con un aparato de metal y cuero que le ajustó al brazo sano para verificar alguna cosa. Caía la noche, y la fiebre lo iba arrastrando blandamente a un estado donde las cosas tenían un relieve como de gemelos de teatro, eran reales y dulces y a la vez ligeramente repugnantes; como estar viendo una película aburrida y pensar que sin embargo en la calle es peor; y quedarse.

Vino una taza de maravilloso caldo de oro oliendo a puerro, a apio, a perejil. Un trocito de pan, más precioso que todo un banquete, se fue desmigajando poco a poco. El brazo no le dolía nada

y solamente en la ceja, donde lo habían suturado, chirriaba a veces una punzada caliente y rápida. Cuando los ventanales de enfrente viraron a manchas de un azul oscuro, pensó que no le iba a ser difícil dormirse. Un poco incómodo, de espaldas, pero al pasarse la lengua por los labios resecos y calientes sintió el sabor del caldo, y suspiró de felicidad, abandonándose.

Primero fue una confusión, un atraer hacia sí todas las sensaciones por un instante embotadas o confundidas. Comprendía que estaba corriendo en plena oscuridad, aunque arriba el cielo cruzado de copas de árboles era menos negro que el resto. "La calzada", pensó. "Me salí de la calzada". Sus pies se hundían en un colchón de hojas y barro, y ya no podía dar un paso sin que las ramas de los arbustos le azotaran el torso y las piernas. Jadeante, sabiéndose acorralado a pesar de la oscuridad y el silencio, se agachó para escuchar. Tal vez la calzada estaba cerca, con la primera luz del día iba a verla otra vez. Nada podía ayudarlo ahora a encontrarla. La mano que sin saberlo él aferraba al mango del puñal, subió como el escorpión de los pantanos hasta su cuello, donde colgaba el amuleto protector. Moviéndolo apenas los labios musitó la plegaria del maíz que trae las lunas felices y la súplica a la Muy Alta, a la dispensadora de los bienes motecas. Pero sentía al mismo tiempo que los tobillos se le estaban hundiendo despacio en el barro, y la espera en la oscuridad del chaparral desconocido se le hacía insoportable. La guerra florida había empezado con la luna y llevaba ya tres días y tres noches. Si conseguía refugiarse en lo profundo de la selva, abandonando la calzada más allá de la región de las ciénagas, quizá los guerreros no le siguieran el rastro. Pensó en los muchos prisioneros que ya habrían hecho. Pero la cantidad no contaba, sino el tiempo sagrado. La caza continuaría hasta que los sacerdotes dieran la señal del regreso. Todo tenía su número y su fin y él estaba dentro del tiempo sagrado, del otro lado de los cazadores.



Oyó los gritos y se enderezó de un salto, puñal en mano. Como si el cielo se incendiara en el horizonte, vio antorchas moviéndose entre las ramas, muy cerca. El olor a guerra era insoportable, y cuando el primer enemigo le saltó al cuello casi sintió placer en hundirle la hoja de piedra en pleno pecho. Ya lo rodeaban las luces, los gritos alegres. Alcanzó a cortar el aire una o dos veces, y entonces una sogla lo atrapó desde atrás.

- Es la fiebre -dijo el de la cama de al lado-. A mí me pasaba igual cuando me operé del duodeno. Tome agua y va a ver que duerme bien.

Al lado de la noche de donde volvía, la penumbra tibia de la sala le pareció deliciosa. Una lámpara violeta velaba en lo alto de la pared del fondo como un ojo protector. Se oía toser, respirar fuerte, a veces un diálogo en voz baja. Todo era grato y seguro, sin ese acoso, sin... pero no quería seguir pensando en la pesadilla. Había tantas cosas en qué entretenerse. Se puso a mirar el yeso del brazo, las poleas que tan cómodamente se lo sostenían en el aire. Le habían puesto una botella de agua mineral en la mesa de la sala, las treinta camas, los armarios con vitrinas. Ya no debía tener tanta fiebre, sentía fresca la cara. La ceja le dolía apenas, como un recuerdo. Se vio otra vez saliendo del hotel, sacando la moto. ¿Quién hubiera pensado que la cosa iba a acabar así? Trataba de fijar el momento del accidente y le dio rabia advertir que había ahí como un hueco, un vacío que no alcanzaba a rellenar. Entre el choque y el momento en que lo habían levantado del suelo, un desmayo o lo que fuera no le dejaba ver nada. Y al mismo tiempo tenía la sensación de que ese hueco, esa nada, había durado una eternidad. No, ni siquiera tiempo, más bien como si en ese hueco él hubiera pasado a través de algo o recorrido distancias inmensas. El

choque, el golpe brutal contra el pavimento. De todas maneras al salir del pozo negro había sentido casi un alivio mientras los hombres lo alzaban del suelo. Con el dolor del brazo roto, la sangre de la ceja partida, la contusión en la rodilla; con todo eso, un alivio al volver al día y sentirse sostenido y auxiliado. Y era raro. Le preguntaría alguna vez al médico de la oficina. Ahora volvía a ganarlo el sueño, a tirarlo despacio hacia abajo. La almohada era tan blanda, y en su garganta afiebrada la frescura del agua mineral. Quizá pudiera descansar de veras, sin las malditas pesadillas. La luz violeta de la lámpara en lo alto se iba apagando poco a poco.

Como dormía de espaldas, no lo sorprendió la posición en que volvía a reconocerse, pero en cambio el olor a humedad, a piedra razumante de filtraciones, le cerró la garganta y lo obligó a comprender. Inútil abrir los ojos y mirar en todas direcciones; lo envolvía una oscuridad absoluta. Quiso enderezarse y sintió las sogas en las muñecas y los tobillos. Estaba estaqueado en el suelo, en un piso de lajas helado y húmedo. El frío le ganaba la espalda desnuda, las piernas. Con el mentón buscó torpemente el contacto con su amuleto, y supo que se lo habían arrancado. Ahora estaba perdido, ninguna plegaria podía salvarlo del final. Lejanamente, como filtrándose entre las piedras del calabozo, oyó los atabales de la fiesta. Lo habían traído al teocalli, estaba en las mazmorras del templo a la espera de su turno.

Oyó gritar, un grito ronco que rebotaba en las paredes. Otro grito, acabando en un quejido. Era él que gritaba en las tinieblas, gritaba porque estaba vivo, todo su cuerpo se defendía con el grito de lo que iba a venir, del final inevitable. Pensó en sus compañeros que llenarían otras mazmorras, y en los que ascendían ya los peldaños del sacrificio. Gritó de nuevo sofocadamente, casi no podía abrir la boca, tenía las mandíbulas agarrotadas y a la vez como si fueran de goma y se abrieran lentamente, con un esfuerzo interminable. El chirriar de los cerrojos lo sacudió como un látigo. Convulso, retorciéndose, luchó por zafarse de las cuerdas que se le hundían en la carne. Su brazo derecho, el más fuerte, tiraba hasta que el dolor se hizo intolerable y tuvo que ceder. Vio abrirse la doble puerta, y el olor de las antorchas le llegó antes que la luz. Apenas ceñidos con el taparrabos de la ceremonia, los acólitos de los sacerdotes se le acercaron mirándolo con desprecio. Las luces se reflejaban en los torsos sudados, en el pelo negro lleno de plumas. Cedieron las sogas, y en su lugar lo aferraron manos calientes, duras como bronce; se sintió alzado, siempre boca arriba, tironeado por los cuatro acólitos que lo llevaban por el pasadizo. Los portadores de antorchas iban delante, alumbrando vagamente el corredor de paredes mojadas y techo tan bajo que los acólitos debían agachar la cabeza. Ahora lo llevaban, lo llevaban, era el final. Boca arriba, a un metro del techo de roca viva que por momentos se iluminaba con un reflejo de antorcha. Cuando en vez del techo nacieron las estrellas y se alzó frente a él la escalinata incendiada de gritos y danzas, sería el fin. El pasadizo no acababa nunca, pero ya se iba a acabar, de repente olería el aire libre lleno de estrellas, pero todavía no, andaban llevándolo sin fin en la penumbra roja, tironeándolo brutalmente, y él no quería, pero cómo impedirlo si le habían arrancado el amuleto que era su verdadero corazón el centro de la vida.

Salió de un brinco a la noche del hospital, al alto cielo raso dulce, a la sombra blanda que lo rodeaba. Pensó que debía haber gritado, pero sus vecinos dormían callados. En la mesa de noche, la botella de agua tenía algo de burbuja, de imagen translúcida contra la sombra azulada de los ventanales. Jadeó, buscando el alivio de los pulmones, el olvido de esas imágenes que seguían pegadas a sus párpados. Cada vez que cerraba los ojos las veía formarse instantáneamente, y se enderezaba aterrado pero gozando a la vez del saber que ahora estaba despierto, que la vigilia lo protegía, que pronto iba a amanecer, con el buen sueño profundo que se tiene a esa hora, sin imágenes, sin nada... Le costaba mantener los ojos abiertos, la modorra era más fuerte que él. Hizo un último esfuerzo, con la mano sana esbozó un gesto hacia la botella de agua; no llegó a tomarla, sus dedos se cerraron en un vacío otra vez negro, y el pasadizo seguía interminable, roca tras roca, con súbitas fulguraciones rojizas, y él boca arriba gimíó apagadamente porque el techo iba a acabarse, subía, abriéndose como una boca de sombra, y los acólitos se enderezaban y de la altura una luna menguante le cayó en la cara donde los ojos no querían verla, desesperadamente se cerraban y abrían buscando pasar al otro lado, descubrir de nuevo el cielo raso protector de la sala. Y cada vez que se abrían era la noche y la luna mientras lo subían por la escalinata, ahora con la cabeza colgando hacia abajo, y en lo alto estaban las hogueras, las rojas columnas de humo perfumado, y de golpe vio la piedra roja, brillante de sangre que chorreaba, y el vaivén de los pies del sacrificado que arrastraba para tirarlo rodando por las escalinatas del norte. Con una última esperanza apretó los párpados, gimíendo por despertar. Durante un segundo creyó que lo lograría, porque otra vez estaba inmóvil en la cama, a salvo del balanceo cabeza abajo. Pero olía la muerte, y cuando abrió los ojos vio la figura ensangrentada del sacrificador que venía hacia él con el cuchillo de piedra en la mano. Alcanzó a cerrar otra vez los párpados, aunque ahora sabía que no iba a despertarse, que estaba despierto, que el sueño maravilloso había sido el otro, absurdo como todos los sueños; un sueño en el que había andado por extrañas avenidas de una ciudad asombrosa, con luces verdes y rojas que ardían sin llama ni humo, con un enorme insecto de metal que zumbaba bajo sus piernas. En la mentira infinita de ese sueño también lo habían alzado del suelo, también alguien se le había acercado con un cuchillo en la mano, a él tendido boca arriba, a él boca arriba con los ojos cerrados entre las hogueras.

### SOCIOS DE HONOR EUROPA

MIGUEL OSCAR MENASSA (MADRID) .....	360 €
AMELIA DÍEZ CUESTA (MADRID) .....	360 €
MARÍA CHÉVEZ (MADRID) .....	360 €
JUAN CARLOS DE BRASI (MADRID) .....	360 €
JAIME ICHO KOZAK (MADRID) .....	360 €
CARLOS FERNÁNDEZ DEL GANSO (MADRID) .....	360 €
MIGUEL MARTÍNEZ FONDÓN (MADRID) .....	360 €
ALEJANDRA MENASSA DE LUCIA (MADRID) .....	360 €
PILAR ROJAS (MADRID) .....	360 €
BIBIANA DEGLI ESPOSTI (MADRID) .....	360 €
FERNANDO ÁMEZ MIÑA (MADRID) .....	360 €
LIDIA ANDINO (MADRID) .....	360 €
JOSÉ MARÍA BLASCO (BARCELONA) .....	360 €
STELLA CINO NÚÑEZ (MADRID) .....	360 €
CLAIRE DELOUPY (MADRID) .....	360 €
EMILIO A. GONZÁLEZ (MADRID) .....	360 €
MÓNICA GORENBERG (ZARAGOZA) .....	360 €
CONCEPCIÓN OSORIO (MADRID) .....	360 €
MONTSE ROVIRA (IBIZA) .....	360 €
CARMEN SALAMANCA GALLEGO (MADRID) .....	360 €
HELENA TRUJILLO (MÁLAGA) .....	360 €
NORMA CIRULLI (IBIZA) .....	240 €
PAULA MALUGANI (IBIZA) .....	240 €
OLGA DE LUCIA (MADRID) .....	180 €
CRUZ GONZÁLEZ CARDEÑOSA (MADRID) .....	120 €
MAGDALENA SALAMANCA GALLEGO (MADRID) .....	100 €
ANA Mª BARLETTA (IBIZA) .....	60 €
PABLO J. GARCÍA MUÑOZ (MADRID) .....	60 €
RUY HENRÍQUEZ (MADRID) .....	60 €
HERNÁN KOZAK CINO (MADRID) .....	60 €
PINO LORENZO (LAS PALMAS) .....	60 €
PILAR NOUVILAS (MADRID) .....	60 €
CLÉMENTE LOONIS (MADRID) .....	50 €
RAQUEL MÁZ ROBERTO (MADRID) .....	50 €
Mª SOLEDAD ARGÜELLES (MADRID) .....	42 €
EVA FONT GARCÍA (BARCELONA) .....	40 €
Mª CARMEN GARCÍA MATEOS (SALAMANCA) .....	30 €
ROSA GARCÍA RODRÍGUEZ (MADRID) .....	30 €
ANABEL LÓPEZ BARONI (BARCELONA) .....	30 €
EVA MÉNDEZ HERRANZ (MADRID) .....	30 €
KEPA RÍOS ALDAY (MADRID) .....	30 €
ANA MERCEDES ALBIZURI CHÉVEZ (MADRID) .....	20 €
JAVIER ALBIZURI CHÉVEZ (MADRID) .....	20 €
JULIETA ÁLVAREZ ALBIZURI (MADRID) .....	20 €
SERGIO APARICIO ERROZ (MADRID) .....	20 €
RAMÓN ALEJANDRO CHÉVEZ (MADRID) .....	20 €
ALEJANDRO CHÉVEZ MANDELSTEIN (MADRID) .....	20 €
CLOE LEÓN DELOUPY (MADRID) .....	20 €
ICHKA LEÓN DELOUPY (MADRID) .....	20 €
MÓNICA LÓPEZ BORDÓN (MADRID) .....	20 €
Mª DEL MAR MARTÍN SÁNCER (BARCELONA) .....	20 €
FABIÁN MENASSA DE LUCIA (MADRID) .....	12 €
MANUEL MENASSA DE LUCIA (MADRID) .....	12 €
LUIS RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ (MADRID) .....	12 €
FERNANDO SOLA SÁNCHEZ (MADRID) .....	12 €
MARIELA MALUGANI (MADRID) .....	10 €
IRENE MARTÍN MARTÍNEZ (BARCELONA) .....	10 €
SARA PÉREZ GARCÍA (IBIZA) .....	10 €
MÓNICA QUINTANA GONZÁLEZ (MADRID) .....	10 €
VÍCTOR QUINTANA GONZÁLEZ (MADRID) .....	10 €
RUBÉN BRONCANO MARTÍNEZ (BARCELONA) .....	7 €
CARLES FABREGAT (IBIZA) .....	6 €
CRISTINA FERNÁNDEZ ARGUDO (MADRID) .....	6 €
MIGUEL FERNÁNDEZ CRUZ (MADRID) .....	6 €
MARTA E. GLIEMAN (IBIZA) .....	6 €
SYLVIE LACHAUME (IBIZA) .....	6 €
JORGE PERIBAÑEZ (IBIZA) .....	6 €
VIOLETA CLARA PERIBAÑEZ MALUGANI (IBIZA) .....	6 €

### SOCIOS DE HONOR AMÉRICA

MIGUEL OSCAR MENASSA (BUENOS AIRES) .....	500 US
NORMA MENASSA (BUENOS AIRES) .....	500 US
INÉS BARRIO (BUENOS AIRES) .....	200 US
MÁRA BELLINI (BRASIL) .....	200 US
LÚCIA BINS ELY (BRASIL) .....	200 US
ROBERTO MOLERO (BUENOS AIRES) .....	200 US
LUCÍA SERRANO (BUENOS AIRES) .....	200 US
CARMEN SÍLVIA PRESOTTO (BRASIL) .....	200 US
MARCELA VILLAVELLA (BUENOS AIRES) .....	200 US
ÁNGELA CASCINI (BUENOS AIRES) .....	100 US
ALEJANDRA MADORMO (BUENOS AIRES) .....	100 US
JORGE MONTIRONI (BUENOS AIRES) .....	60 US
CESIRA CIGNONI (BUENOS AIRES) .....	20 US
NORBERTO DEMARCO (BUENOS AIRES) .....	20 US
ROSALBA PELLE (BUENOS AIRES) .....	20 US
LEONORA WAHRICH (BRASIL) .....	20 US
RENATO BATTISTEL (BRASIL) .....	10 US
PATRICIA DI PINTO (BUENOS AIRES) .....	10 US
CRISTINA MÜLLER (BRASIL) .....	10 US
AUGUSTO PASSOLINI (BUENOS AIRES) .....	10 US
LUCIANO PASSOLINI (BUENOS AIRES) .....	10 US
RENATA PASSOLINI (BUENOS AIRES) .....	10 US
CAROLINA PRESOTTO (BRASIL) .....	10 US
JÚLIA PRESOTTO (BRASIL) .....	10 US
ELOÍSA TSCHOEPKE (BRASIL) .....	10 US
MARISA WACHTEL (BUENOS AIRES) .....	10 US

### LAS 2001 NOCHES

**DIRECTOR:**

Miguel Oscar Menassa.

**SECRETARIA DE REDACCIÓN:**

Carmen Salamanca Gallego.  
c/ Duque de Osuna, 4-locales  
28015 MADRID (ESPAÑA).  
Teléfono: 91 758 19 40 - Fax: 91 758 19 41

**CORRESPONSAL EN BUENOS AIRES:**

Inés Barrio.  
c/ MANSILLA, 2686 PB 2 1º Cuerpo  
(1425) BUENOS AIRES (ARGENTINA).  
Teléfono: 4966 1710/13

www.grupocero.org

MADRID: grupocero@grupocero.org  
BUENOS AIRES: grupocero@fibertel.com.ar  
grupocero@sinectis.com.ar

# MIGUEL OSCAR MENASSA

Argentina, 1940

## CUMPLIR 64 AÑOS

Hoy, a la mañana  
en el desayuno,  
he visto pasar  
muy cerca de aquí  
sesenta y cuatro perros,  
como hambrientos,  
tal vez, abandonados,  
cayendo en un abismo.

Abismos de penumbras,  
de grises deslumbrantes  
donde, aún lo que brilla,  
no es lo verdadero.

Ahí donde los sueños  
bordan silenciosos,  
próximos desvaríos,  
la niebla se hace niebla

y la luz,  
antes de que yo  
cumpliera 64 años,  
ya era luz.

Hoy mismo, al desayuno,  
sobre el pan tostado,  
vi cabalgar luciérnagas  
tratando de alumbrar

la sombra de mí mismo  
que, acompasadamente,  
como final de un acto silencioso,  
caía sobre mí.

Di un paso para atrás,  
como en el tango, y le dije:  
"Tú eres mi sombra,  
pero el que te persigue, soy yo."

64 años, perros, años  
sombras, luz y caballos.

Caballos hubo siempre  
en la calle, en los hipódromos,  
en el trabajo, en la policía  
y en la mesa de comer  
en la casa de mi abuela.

Un caballo percherón,  
tierno, pero un poco gordo,  
sentado en una sillita,  
sus patas, mas delanteras,  
sus manos, quiero decir,  
en perfecta posición  
sobre la mesa,  
con delicadeza extrema  
esperando que un humano  
le pida permiso a Dios  
para empezar a comer.

Después, también, he montado  
caballos azul y blancos  
como banderas de patria  
que después abandoné.

Hoy, sin más, amo la rosa  
donde gualda y grana aguardan  
que me entregue a los colores  
que dan vida a lo español.

Rojo enamorado, furia española.  
Rojo sangre de toros, nuestra crueldad.  
Rojo, pequeñas gotas perdidas en el bosque,  
algún soldado ha muerto, un hombre lo mató.

Quiero ganarlo todo,  
pero el gualda me acompaña,  
amarillo maricón,  
de mala suerte encumbrado.

Fuerza, sí tengo,  
hasta tengo amor,  
sólo me falta que el gualda  
me quiera vivo, hoy.



## PREPARANDO EL AMOR

Sus cuerpos al unísono,  
estallando,  
aunque estaban muy lejos.  
Cuando tu voz recorre  
los cables increíbles,  
esos cables que transportan  
alguna humanidad,  
cuando tu voz volando  
sobre la tierra, el río,  
la pequeña colina,  
el imponente océano,  
llega hasta mí desnuda,  
carne, palabras incendiadas  
preparando el amor.

## Gø Design

Diseñamos

y  
Mantenemos

### SU PÁGINA WEB

Alojamiento  
(Hosting)  
15 € al mes

www.grupo-cero.com  
ramonchevez@grupocero.org

91 548 94 11

### LAS 2001 NOCHES

ES UNA REVISTA Y TAMBIÉN UN CICLO POÉTICO-MUSICAL

## BAR CELTA

de Buenos Aires (Sarmiento y Rodríguez Peña)

Coordinadora: Lucía Serrano

ÚLTIMO MARTES DE CADA MES A LAS 21,30 H

Informes: Enciso 1363 - Tigre — Tel.: 4749 6127

luciaserrano@las2001noches.com

# CUANDO CLAVES TUS OJOS EN EL FUTURO

Cuando claves tus ojos en el futuro  
verás galopando, camello azul,  
en medio del desierto enarbolando  
aquella palabrita  
que tanta leche dio:  
Libertad, libertad, libertad.

# A LAS CINCO EN PUNTO DE LA TARDE

A las cinco en punto de la tarde,  
en el estilo lorquiano pero al revés,  
me encontraré con tres mujeres  
al unísono para bordar mi piel  
de las próximas siete décadas.

Seré todo fulgor y todo agonía  
al mismo tiempo, fingiendo confusión,  
haciendo como que yo sabía  
desde hace mucho tiempo  
que un día tres mujeres,  
al verme decaído, tal vez, triste,  
harían para mí bailes y amores  
enamoradas, acaso,  
de mi perfil egipcio  
o viciosas del semen  
de los hombres ancianos o, tal vez,  
delicada e informe, enamorada  
del brillo de los astros,  
no vio nunca hombre alguno  
y no sabe decir: soy una mujer.

Llegado el caso les diré:  
soy un macho verdadero.  
Yo no haré nada.  
El baile era frenético,  
hubo un instante  
que tuve que contarlas  
eran tres pero, también, millones.  
Había carne, pero también  
había cielo, imposible contarlo.

**ESCUELA DE POESÍA GRUPO CERO**  
TALLERES DE POESÍA  
ABIERTOS TODO EL AÑO

**MADRID**

c/Duque de Osuna, 4 - Locales - 28015 Madrid  
Teléfono: 91 758 19 40 - Fax: 91 758 19 41

[grupocero@grupocero.org](mailto:grupocero@grupocero.org)  
[www.grupocero.org](http://www.grupocero.org)

**BUENOS AIRES**

Arancel: \$ 30  
Informes: Mansilla, 2686 PB 2  
1425 Buenos Aires  
Teléfonos: 4966-1713/10 (De 10 a 19 hs.)  
[grupocero@fibertel.com.ar](mailto:grupocero@fibertel.com.ar)  
[grupocero@sinectis.com.ar](mailto:grupocero@sinectis.com.ar)  
[www.grupocerobuenosaires.com](http://www.grupocerobuenosaires.com)

# AL LLEGAR

Al llegar, choqué  
con sus paredes grises,  
sus hombres fantasmales,  
sus mujeres alertas, precavidas.

Fue un golpe alucinado  
de un porvenir tan grande  
que me tiró en la cama 15 días  
sin saber qué pasaba,  
en qué país estaba.  
¿O era que no estaba,  
que nunca habíamos llegado,  
que no venía de ninguna parte?

Mas, de golpe, estiré la palabra  
para alcanzar ese pequeño dólar  
que, volando, me mostraba el camino.

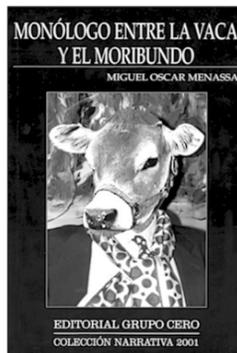
Para vivir en Buenos Aires,  
es necesario hablar inglés.

No sólo se llevaron todo,  
no sólo crearon los mutilados  
sino que, hablando inglés,  
nosotros somos como ellos: culpables.

Pero el destino cruel  
lo ha decidido así:  
culpables somos todos  
pero pagaremos nosotros.



## RECOMENDAMOS LA LECTURA DEL LIBRO



**MONÓLOGO  
ENTRE LA VACA  
Y EL MORIBUNDO**

Autor:  
Miguel Oscar Menassa

112 PÁGS.  
6 EUROS; 6 \$

IV

Creo que mi vida es la vida de un personaje literario y no me puedo apartar mucho de eso, cuando escribo.

Tal vez haya vivido equivocado los primeros 50 años de mi vida, tal vez, para poder vivir la vida que me fue tocando, tuve necesidad de crearla literaria, para hacerla posible de ser vivida.

Tal vez una verdad pueda cambiarse por otra verdad sin que se venga abajo ningún mundo. El amor puede transformarse en confort y el premio Nobel puede estar esperándonos, a la vuelta de cualquier esquina.

El problema, planteado a mi manera, sería el siguiente: Dentro de 21 años, matemáticamente, me darán el premio Nobel de Poesía, pero yo lo quiero antes de cumplir los 60 años, es decir, 11 años antes y, me imagino, que para que ese desfasaje temporal ocurra, algo tendré que hacer de otra manera.

Se me ocurre, de pronto, la mejor idea parahacerlo posible: Escribiré una novela acerca de un hombre como yo, de los 50 a los 60 años y la novela termina cuando me entregan el premio Nobel.

Algo como el Ulises, pero con buen final, ya que han vuelto los boleros y para el próximo siglo, exactamente dentro de 10 años, se anuncia la llegada del amor a la tierra.

El hombre vivió en las grandes capitales del mundo, Buenos Aires, Madrid, Milán, París, pero ahora, vive en Arganda del Rey, pequeño pueblo comunista, a 29 kilómetros de Madrid y con capacidad actual para 25.000 habitantes.

Cuando miro por la ventana de mi habitación, donde escribo, hago el amor y sueño, veo entre el blanco de las otras casas y el azul del cielo, la bandera argentina y un vecino en el fondo de su casa tiene un caballo, que también veo por la ventana, como en la casa de mi abuela María.

La ventaja de vivir en Arganda es que tengo jardín. Pero ya vendrán tiempos mejores, y un poeta podrá tener su plantación personal de cacahuets o alcachofas marinas o violentas tormentas del jazmín o dulces y tercos melocotones abiertos a la esperanza o, tal vez, esa manzana verde de la doble caída.

Pecado y ciencia tocan el corazón de la manzana y nosotros la seguimos usando como fruta para después de las comidas.

Tengo tensión, tengo apetitos, hambres de milenios y, ahora, quedarán conformarme con algún pedazo de queso, excrescencias de alguna vaca pastora, o la misma vaca muerta a palos y descuartizada encima de la mesa, recordando viejos rituales, donde los hombres se comían unos a otros, y eso era el amor.

Clavo sin piedad mi cuchillo contra el corazón de la vaca y la vaca muge, se desgarran de pasión frente al asesino. Yo, con precisión quirúrgica, separo grasa y nervios y le doy a mi amada un bocadito de los ovarios calcinados de la vaca.

- Somos libres, me dice ella, mientras se entretiene en el ruido de sus dientes tratando de doblar las partes quemadas del universo.

Después, más ligera, haciendo de todo espejismo, una mentira, me dice con soltura:

- En mí, vive una vaca magistral, que muge y asesina todo el tiempo. A veces, parece dolorida, pero nada le importa, sabe que ha nacido para ser asesinada a palos y, entonces, caga por todos lados y las flores enloquecidas se comen lo esencial de la mierda y crecen aceleradamente hacia el futuro.

Mutilada dentro de una pequeña caja de amor, acompañada de un poema o bien sobre el mármol frío y desolado de una tumba, recordando que algo vive aunque el hombre muera.

Me estoy divirtiendo como hacía décadas no me pasaba, pero me doy cuenta, que esto no me ha de servir mucho para el Nobel. Una gran experiencia, un gran amor y me desgrano en pequeños versos cotidianos.

Ella trata de explicarme que ya fuimos dominados, hace algunos siglos, que hoy día se trata de otra cosa, que ya nadie pelea o quiere o desea la libertad. Que la gente normal hace costosas colas para denunciarse a sí misma.

Mientras se dejaba caer en la cama finalizó, sin esperanzas:

-Lo peor, es que el Estado que nos controla es a su vez controlado por estados más poderosos...

Dejé caer sus palabras en el aire, porque ella misma las había dejado caer de esa manera y me detuve en claros pensamientos de aguas comestibles. Me imaginé vendiendo mi vida a una gran empresa inglesa y absolutamente convencido le dije sin rencor:

- La palabra por la palabra es tan inocente como el cuerpo por el cuerpo.

Algo consigo, pero no me doy cuenta de haber conseguido nada, por no haber conseguido de repente lo deseado. No me dejo llevar por ese vacío del alma, comienzo todo nuevamente. Vuelvo sobre huellas dejadas de lado. Invierto, parte del capital del mundo, en mis versos. Arranco del amor, estas palabras sanas, bellas y nadie me podrá decir que no he vivido.

Me toco el corazón de la serpiente y me siento vivo y coleando, hago ejercicios de respiración, como suponiendo que el viaje será largo y doy por abierta la competencia. Habrá fiestas y ancianas mujeres discutirán sobre mis orígenes:

- Nació del ruido, dirá la más anciana, y es por eso que puede escuchar los sonidos más lejanos de una voz.



Presentando este ejemplar de

**LAS 2001 NOCHES**

en nuestra sede:

c/Duque de Osuna, 4 - Locales

**¡¡TE REGALAMOS UN LIBRO  
DE POESÍA!!**

Un libro por persona y mes\*

\*--Excepto alumnos de la Escuela de Psicoanálisis y Poesía Grupo Cero--

# PSICOANÁLISIS PARA TODOS

## SEMINARIOS GRATUITOS

Matrícula anual: 150 Euros  
PLAZAS LIMITADAS

- SIGMUND FREUD
  - JACQUES LACAN
  - CLAVES DEL PENSAMIENTO
- 3 AÑOS DE DURACIÓN (UNA VEZ POR SEMANA)

## INFORMACIÓN E INSCRIPCIÓN

**91 758 19 40**

C/ DUQUE DE OSUNA, 4  
28015 MADRID

grupocero@grupocero.org  
www.grupocero.org

Departamento  
de Clínica  
Psicoanalítica



PSICOANÁLISIS PARA TODOS  
1 SESIÓN SEMANAL  
DESDE 100 EUROS AL MES  
Pedir hora  
en el teléfono:  
**91 758 19 40**

LOS SEMINARIOS SERÁN IMPARTIDOS POR PSICOANALISTAS DE LA ESCUELA DE PSICOANÁLISIS GRUPO CERO

# PSICOANÁLISIS PARA TODOS

**DESDE 100 EUROS AL MES**  
**1 SESION SEMANAL**

**PEDIR HORA EN EL TELÉFONO:**  
**91 758 19 40**

DEPARTAMENTO DE CLÍNICA PSICOANALÍTICA  
ESCUELA DE PSICOANÁLISIS GRUPO CERO

**El tratamiento psicoanalítico es eficaz en:** Depresión, ansiedad, miedos, obsesiones, problemas sexuales, problemas de pareja, impotencia sexual o laboral, fracaso escolar, orientación vocacional, enfermedades como las jaquecas, la anorexia nerviosa y la bulimia.

**Y es de gran ayuda terapéutica en:** La obesidad, enfermedades autoinmunes, asma, úlcera, cáncer...